

CORREO DE XEREZ

DEL DOMINGO 10 DE ENERO

DE 1802.

SEÑOR EDITOR,

Apenas leí en su Correo, tan apreciable de todos los literatos, el nombre de Filósofo extravagante, no pude menos que salir á la palestra, metiendo mi quarto á espadas, y cortando mi pluma (que por no haber servido desde que salí de las primeras letras, estaba buena para los niños que principian) decirle, no con un estilo elevado, y sí con un método sencillo, lo que siento á cerca del *Filósofo extravagante*.

Filósofo y extravagante lo dudo: no niego sea extravagante; pero sí me opongo á que la filosofía pueda haberlo hecho tal; puede ser muy bien el tal Señor de los muchos hombres que hay *extravagantes* en el mundo; pero muchos de estos aun quando hayan tenido sus *extravagancias*, apenas han poseido la filosofía, quando inmediatamente se han hecho los mas sensatos; en comprobacion de esta verdad sirvanos de modelo la multitud de filósofos que luego luego que pose-

ye-

yeron esta ciencia, y conocieron por ella el hombre, dexaron las *extravagancias* mundanas, retirándose á los sitios mas sombríos é inhabitables, donde el éco suave de sus liras era su único recreo, y el aprender á vivir su deleytosa ocupacion.

El tal *Filósofo extravagante*, que se firma así en el Correo Xerezano, pudiera conocer no hacia favor alguno á una ciencia tan noble, á la que debió el nunca bien alabado Aristóteles el conocimiento de una primera causa, como inmutable, como un acto purísimo, eterno é inmutable. Debíó conocer que la Filosofia nos dá pabulo para deducir á *posteriori* por las criaturas, muchos predicados del Ser supremo, mayormente diciéndonos el Apostol quando escribe á los Romanos, *invisibilia Dei per ea quæ facta sunt intellecta conspiciuntur*.

Nada importa, Señor extravagante, nada importa para sacar su caballo adelante, que diga el Apostol escribiendo á los Colosenses: *videte ne quis vos decipiat per Filosofiam, et inanem fallatiam*. Que asegure Tertuliano, en el libro de *præscriptionibus* hablando de la Filosofia, *artificem struendi, et destruendi*. Que en el lib. de fide, hable el Padre San Ambrosio diciendo de la filosofia de los Arrianos, *omnem vim venenorum suorum in dialectica disputatione constituunt*. Por que no puedo persuadirme, que para acreditar su extravagancia posea aquel género de filosofia sofística que engaña el entendimiento humano, y le induce al error, y sí estará perfectamente ins-

truido de la que trata cosas útiles, y sirve para declarar la verdad; no puedo pensar que abusará de la filosofía, ántes sí usará de ella, valiéndose de las reglas que nos enseñan los filósofos para deducir las conclusiones. Si V. me dixera qué era extravagante para escribir, lo creeríamos los Xerezanos, pues no necesitamos de mas pruebas que ver sus escritos, debiéndose mejor firmar el *Escritor extravagante*.

Crea V. que este es su nombre propio, pues constándole aquello que se dice: *brevis oratio penetrat caelos*: es V. tan difuso en escribir, tan extravagante en sus producciones, que cansado de oirlas, creí tocarían á gloria, y aun no las habría acabado de leer.

Dios me libre, Señor *Filósofo extravagante*, de ser su discípulo, porque seria menester me diese paciencia casi como á Job, para aguantar su explicacion, y mayormente si le picaba la *extravagancia*, porque entónces explicaria todo lo que sabe, ó lo que puede; que, no dudo podria llenar, como ofrece al Señor Editor, no solo un Correo, mas aun que fuese un Diario, y de muchos pliegos: pero Señor Filósofo, menos borlas y mas limosnas, no se olvide V. que envileze la alabanza en propia boca, y que el nombre de extravagante se opone á un filósofo; pero ya que he tomado la pluma, no quiero sepultar en la region del olvido el sueño que tuve antes de anoche.

Caliente tenia la cabeza de cabilar quién pudiera ser este tal filósofo que se ridiculiza con el nombre de extravagante; me acosté, y despues de dar muchos vuelcos en la cama, casi dormitando comencé á soñar, que mi compañero, el amigo de la verdad y yo nos paseábamos por unos jardines amenos, en donde la variedad de flores, la multitud de diversos paxarillos con sus trinos suaves comenzaron á desvanecerme el pensamiento que tanto me abrumaba; pero he aquí que de repente dos venerables ancianos haciéndonos de las manos, sin saber, como nos conduxeron á un salon, primorosamente adornado, y ocupado por los mas famosos filósofos. Absortos y llenos de pavor no acertábamos á dar un paso; pero como Dios nos dió á entender pudimos grangear terreno, para presenciar aquel acto literario; que aunque mi compañero, y yo somos unos pobres filósofos, nos gusta mucho el oír para aprender; oimos disputar á ciertos Tomistas sobre la *premoción física*: á otros Escolistas, y Baconistas sobre la distincion formal á *parte rei per ordinem ad intellectum*. Pero advertimos que unos usando de voces altisonantes no hacian mas que volverlo todo varahunda; por tener poca solidez su argumento; otros haciendo besamanos al que defendia, se explicaban aun antes de apuntar la dificultad, y estos en castellano por ser el estilo moderno; habia uno que hablaba perfectamente el latin, mas daba muchas voces y patadas, le oí

en su argumento decir algunos versos en Frances, otros en Italiano, desuerte que tanto me movió la curiosidad, que acercándome al anciano que me conduxo á aquel sitio le pregunté: ¿Quién era aquel filósofo? y me respondió: este es el filósofo extravagante: á lo qual le dixe: vea V. bien Señor, lo que habla; pues repugna ser filósofo y extravagante: hay Señor, Editor; Ojalá no le hubiera dicho tal cosa; porque con una voz severa, y unos ojos airados se apartó de mi diciendo: pues si es así, los extravagantes que poseyendo la filosofía no abjuran su extravagancia, deben ser separados de los filósofos sensatos; al irle á echan mano el anciano al extravagante, desperté con sentimiento por no haber visto, qual era el castigo que le daban.

Este es, Señor Editor, el sueño y lo que tengo que decir sobre el filósofo extravagante, lo anuncio á V. para que si lo halla oportuno, lo inserte en su Correo, quedando de V. su invariable Amigo.

El Enemigo de extravagancias.

Concluye la carta del número anterior con esta fábula original del mismo Autor, ofrecida

al Editor.

E Rey de Lobina,	Publicar en grito
Cansado de quejas,	Gravísimas penas,
Por que sus vasallos	Contra tal delito.
Hurtaban ovejas:	Que los lobos todos
Mando luego, luego,	(aun sus mas privados)

Para

Para alimentarse, Y todo es un caos, no
 Paciera los prados: De penas y duelos.
 Que ya en lo futuro Hasta que un anciano
 Nadie osado fuera (Que el caso atendia)
 A gustar la carne, Mitigó los llantos
 Ni olerla siquiera. De la lobería.
 Y que cada Padre, Observad, les dice:
 Con afán prolixo, Lo que come el Rey,
 De enseñar cuidase Y si fuere yerba
 A pacer al hijo. Cumplamos su ley.
 Consternanse al punto Atended sagaces,
 Oyendo el decreto, De que plantas usa
 Y contra el Monarca, Como las distingue,
 Hablan sin respeto. Las coge ó atusa,
 Mas como sin duda, Y entonces sabiendo
 Seria insensato, Quanto apeteceis,
 Quien no obedeciera A los cachorrillos,
 Un Real mandato: Pronto enseñareis.
 En todo conformes Acuden en tropas
 ; Miren que portentoso! Á la cueva real,
 Acuerdan se cumpla Y oculto á la vista,
 El de nuestro cuento. Queda cada qual.
 Juntanse á consejo, Vén que amedia noche
 Confieren el modo; Sale de su rada,
 Pero no le encuentran Y que se encamina,
 Para tal apodo. A cierta manada,
 Aquí los temores, Donde (ya dormidos,
 Sustos y lamentos Perros y pastores)
 Viendo ineficaces, Hizo buena presa,
 Sus buenos intentos; Libre de temores.
 Las lobas aullan, Volvióse á su rancho
 Gruñen los hijuelos, Con un buen carnero,

Despues de engullido, Y en yerva no paze:
 Un tierno cordero. Si no nos enseña,
 Sublevanse entonces, *Lo que no sabemos,*
 Dícenle baldones, ¿Cómo á nuestros hijos
 Todos transformados, Instruir podrémos?
 En fieros leones. El Monarca viendo,
 Si él mismo, decían, Qué les argüian,
 Lo contrario hace, No pudo negarles,
 Dè lo que nos manda Que razon tenían.

Y por nueva ley
 Que hubo sancionado,
 Les permitió el robo
 De todo ganado.

APLICACION.

Si el Superior, el Doctor, el Misionero,
 No enseñan con su exemplo lo primero
 Al Padre de familias; es muy fixo,
 Que este nunca sabrá educar al hijo.

Córdoba 6 de Diciembre de 1801.

El Verdadero Amigo.

Epitafio de un marido celoso.

Este difunto era esposo,
 Y los celos le mataron
 De exmplar tan horroroso,
 Los demas escarmentaron,
 Pues ya ninguno es celoso.

APO-

APOTEGM. 4.

Un Clérigo y un Labrador,

En un viage se juntan,

Y por templar el cansancio,

Se hicieron varias preguntas.

El Clérigo de buen humor

Era, y de gentil astucia,

Y el pobre Labrador era

Muy sencilla criatura.

Dixo el Clérigo al Labrador:

¿Aquel prodigio no juzgas?

Que un par de mulas el Cielo,

Labren sin alas ni plumas?

Azó el rostro el Labrador,

Para mirar lo que escucha,

Y entónçes el Sacerdote,

Con gran risa de él se burla.

Dixo el Labrador burlado,

De qué era risa tan suma,

Y respondió el Sacerdote,

En ver la simpleza tuya,

Tan gran tonto eres que no

Hayas repugnancia y duda

En que un par de mulas torpes,

Sobre los vientos se suban.

Creílo, dixo el Labrador,

Entendiendo que repugna

Al Sacerdote mentir,

Más que el volar á las mulas.